

El CMM y la Comunión

Según su visión, el CMM está llamado a ser una “comunión” de iglesias, una *koinonía* de iglesias:

El Congreso Mundial Menonita está llamado a ser una comunión (koinonía) de iglesias afines al anabautismo, vinculadas entre sí en una comunidad mundial de fe para fraternizar, adorar, servir y testificar

Durante las últimas dos décadas, el término “comunión” como traducción de la palabra bíblica “koinonía” se ha convertido en una palabra y concepto central para describir nuestra vocación y nuestra vida juntos en el CMM. Sin duda, esa es la razón por la que César me ha pedido que ofrezca algunas reflexiones hoy y mañana sobre los temas “El Congreso Mundial Menonita y la Comunión” y “Liderazgo y Comunión”. Espero que estas observaciones sean de alguna utilidad para ustedes, miembros del Concilio General, en los próximos días, incluyendo a aquellos de ustedes que ya escucharon la presentación de hoy cuando nos reunimos en Indonesia.

En la invitación que César me extendió hay evidencia de compasión por un ex secretario general. Él dijo que no necesitaba tomarme el tiempo para crear algo nuevo, sino que podía usar materiales que ya había escrito hace años sobre la comunión. Materiales que en el presente están incluidos en el *Libro de Referencia (LR) del Congreso Mundial Menonita*. Miré los documentos del LR, aunque no solo los que yo había contribuido. En dicho libro, *redescubrí* buenas presentaciones sobre la “comunión” que otros habían hecho durante el tiempo que fui secretario general y descubrí buenos materiales producidos desde ese entonces. Son principalmente los materiales producidos por otros los que se han convertido en la “escritura” para esta presentación.

Si aún no se saben de memoria todos los documentos del *libro de Referencia*, ¡los animo a que los lean de nuevo! Ellos contienen una gran riqueza de información y perspectivas mucho mayores de lo que podemos dar y recibir en los pocos momentos que tenemos hoy.

Pero antes de mirar la “comunión” según el *libro de Referencia*, me gustaría mirar en la Biblia. Me gustaría poner ante nuestros ojos algunos versículos de la Biblia que han llegado a mi mente a lo largo de más de 35 años de una peregrinación en busca de contribuir a la unidad en el cuerpo de Cristo, la iglesia. Estos versículos no tratan acerca de la iglesia, al menos no acerca de la iglesia como solemos pensar en ella. Se tratan de algo mucho más grande que la iglesia, algo de lo cual la iglesia no es más que una parte, pero algo para lo cual la comunión en la iglesia es un instrumento esencial.

Efesios 1,9-10

*Él nos dio a conocer el misterio de su voluntad,
según su beneplácito,
el cual se había propuesto en sí mismo,
de reunir todas las cosas en Cristo,
en el cumplimiento de los tiempos establecidos,
así las que están en los cielos
como las que están en la tierra.*

Al pensar hoy y mañana acerca de la comunión en la iglesia, tengamos en cuenta que, según Pablo, el plan de unidad de Dios es inconmensurablemente más grande que el plan que podríamos tener en mente. Como afirma Thomas Yoder Neufeld en su comentario sobre Efesios, parece imposible comprender plenamente esta imagen de unidad universal, cósmica y eterna. Tal visión es amplia hasta lo extremo y abarca hasta lo máximo. Nada, ninguna cosa,

ninguna persona, nadie vivo, o que ya no esté vivo, está fuera del alcance del amor de Dios o fuera de la unidad que resulta de la gracia de Dios.

La unidad en Cristo que Dios está creando llega a los límites del espacio, el tiempo y más allá, ¡y nos incluye a todos incluso cuando nosotros no nos incluimos mutuamente! Como vemos en los capítulos subsiguientes de Efesios, la iglesia debe ser un instrumento de esta unidad al reunir a las personas hostiles dentro de sí misma. Pero tengo la impresión de que incluso si no lo logramos, incluso si dividimos y fragmentamos en lugar de reconciliarnos y unirnos, Dios encontrará alguna manera de trabajar alrededor de nuestros fracasos. Las creencias que dividen la iglesia y los comportamientos que fracturan la comunión al final pasarán. No tendrán la última palabra. Si Pablo tiene razón, la creación de Dios de la unidad cósmica en Cristo será el futuro definitivo. Ojalá permitamos que este panorama más amplio relativice nuestras visiones y planes, nuestros éxitos y fracasos. ¡Creo que hacerlo así puede darnos una sensación de humildad y aliento al mismo tiempo!

Conferencia, comunidad, comunión

Mientras leía el *LR*, mi mente se enfocó en dos partes de la comunión: el comienzo de la comunión y el final de la comunión. En este contexto, permítanme sugerir varias preguntas a tener en cuenta durante y después de esta presentación:

- ¿Cuándo ha experimentado usted el crecimiento de la comunión en el CMM?
- ¿Cuándo ha experimentado usted/su iglesia los límites de la comunión en el CMM?

En la época de la reunión del Concilio General de 2018, nuestro querido hermano Alfred Neufeld publicó su último libro: *Becoming a Global Communion* (Convirtiéndonos en una comunión mundial: Desarrollos teológicos en el Congreso Mundial Menonita de 1925 a 1975). Al principio, el título me pareció algo sorprendente, incluso inexacto. Durante esos cincuenta años, el CMM no usó la palabra “comunión” para describir su llamado. Durante sus primeras décadas, el CMM se pensó a sí mismo principalmente como un evento ocasional, como una “conferencia” periódica.

Pero para cuando el 6º “congreso” se reunió en 1957, el sentido de pertenencia se había vuelto lo suficientemente fuerte como para pensar en organizarse aún más con una primera constitución y algunas palabras adicionales para caracterizar el propósito del CMM: “fraternidad” y “hermandad”:

El propósito del CMM “es reunir a los menonitas del mundo en una (...) asociación fraternal. El CMM, busca fortalecer así su sentido de hermandad mundial en la que se encuentra”. (primera Constitución del CMM, 1957, Karlsruhe, Alemania)

La segunda constitución, aprobada por el Comité Ejecutivo (*‘Presidium’*) dos décadas más tarde, en 1976, conservó la terminología de ‘fraternidad’:

- El propósito del Congreso Mundial Menonita es reunir a los Menonitas, Hermanos en Cristo y a los organismos anabautistas afines de todo el mundo en una fraternidad. (...) Proveer oportunidades para fraternizar y alentarse mutuamente a nivel mundial, creyendo que esta fraternidad encontrará mayor significado y profundidad a medida que busquemos juntos una mayor fidelidad a Cristo (segunda Constitución del CMM, 28 Julio de 1976, Semarang, Indonesia)

Al menos desde principios de la década de 1960, el lenguaje de *koinonía* y “comunidad” estaba encontrando su lugar en el mundo del CMM. H.S. Bender, presidente del CMM entre 1952 y 1962 lo expresó de esta manera:

‘En el Nuevo Testamento, el término que mejor expresa la vida en común en el Cuerpo de Cristo es la palabra griega koinonia, cuya mejor traducción es “hermandad.” “Comunidad” es el término que define al grupo que practica la hermandad. (...) La idea fundamental del concepto de koinonia es “participar en algo en que otros también participan”, es decir, compartir conscientemente con los demás mediante la propiedad conjunta, generalmente en forma permanente’. (H.S. Bender, Presidente del CMM, 1962. LR, 69).’

Históricamente, muchos en los círculos anabautistas-menonitas usaban la palabra “comunión” para referirse a la Cena del Señor. Se refería más comúnmente a una de las “ordenanzas” que a un concepto fundamental de la eclesiología anabautista-menonita. Por eso, a menudo usamos la palabra “comunidad”, como lo hizo H.S. Bender, generalmente en referencia a las congregaciones locales.

Sin embargo, en la última parte del siglo XX en la iglesia cristiana a nivel más amplio, *la koinonía* se convirtió en un concepto eclesiológico fundamental compartido, especialmente cuando se refiere a la iglesia universal, y generalmente se traducía como “comunión”. El liderazgo del CMM notó ese desarrollo y comenzó a usar también el término en el Congreso Mundial Menonita, tanto para reconocer el creciente deseo de las iglesias miembro de relacionarse entre sí, como para impulsarnos hacia tener relaciones más profundas.

No obstante, cuando estábamos desarrollando las declaraciones de “Visión” y “Misión” del CMM, había sentimientos encontrados entre los miembros del CMM sobre esta terminología. Hubo un amplio acuerdo en que estábamos llamados a ser algo más que un “congreso” ocasional y, de hecho, nos estábamos convirtiendo en una “comunidad”. Pero las opiniones sobre pasar del lenguaje y los objetivos de la “comunidad” al lenguaje y los objetivos de la “comunión” estaban más divididas. Esa es una de las razones por las que ambos términos figuran en la visión, adoptada por el Concilio General en 2003 (en Bulawayo, Zimbabue), y están incluidos en la constitución actual, adoptada en 2009 (en Asunción, Paraguay):

El Congreso Mundial Menonita está llamado a ser una **comunión** (koinonía) de iglesias afines al anabautismo, vinculadas entre sí en una **comunidad** mundial de fe para fraternizar, adorar, servir y testificar.

¡Esta redacción refleja un momento particular tanto de desarrollo como de vacilación en la vida y el mundo semántico del CMM!

¿Ha cambiado la situación desde que se adoptó la Visión hace 19 años? De hecho, parece haber un cambio significativo: ahora ustedes están considerando cambiar el nombre del CMM a uno que reemplace 'congreso' por 'comunión'. ¡La comunión se ha convertido en una palabra central del CMM que significa algo muy grande! Según la *Carpeta de Trabajo del Concilio General del 2018*:

Comunión sugiere un cuerpo comprometido con relaciones de responsabilidad, amor sacrificial y ayuda mutua (Koinonia) con el objetivo de fraternizar, adorar, servir y testificar.

Si esto es realmente lo que queremos decir ahora en el CMM cuando decimos *koinonía*, o “comunión”, parece un llamado muy elevado. “El Congreso Mundial Menonita está **llamado** a ser una **comunión** de iglesias afines al anabautismo (...).”

¿Es realista cumplir con este llamado? ¿Es si quiera posible? ¿Es posible que un grupo de iglesias, todas las cuales afirman ser autónomas, como lo hacen las iglesias miembros del CMM, estén en “comunidad” entre sí?

En este tipo de situación, que es la situación “constitucional” del CMM, ¿por dónde se comienza? ¿Dónde comienza la “comunidad”?

El Comienzo de la Comunidad

En julio de 1998, tres meses antes del inicio del primer diálogo entre el CMM y la Iglesia Católica, el Comité Ejecutivo aprobó la declaración: “Dios nos llama a la unidad cristiana”. Los párrafos introductorios concluyen con estas palabras: ‘Consideramos la unidad cristiana (...) no como una opción que podríamos aceptar o como un resultado que podríamos crear, sino como un urgente imperativo que debemos obedecer’ (LR, 2.2)

Sin embargo, la teología emergente de la comunidad del CMM, tal como se encuentra en el *Libro de Referencia*, utiliza principalmente un lenguaje diferente, un lenguaje más cálido, un lenguaje más de la gracia que de la ley. No habla de un “imperativo que debe ser obedecido”, sino de un “**don**” a ser recibido. La comunidad es como la salvación: comienza como un regalo, un don de Dios. Todo lo que necesitamos hacer inicialmente es recibirlo.

En su introducción al LR, César escribe: somos conscientes de que ‘La comunidad es un **regalo** de Dios, hecho posible por la acción de su Espíritu en la nueva creación de la cual formamos parte...’

Asimismo, para Fernando Enns, en “Comunidad y Diversidad: 'Una Comunidad de Iglesias Afines al Anabautismo'”, La ‘*Koinonía* se basa en el **don** de la fe en el trino Dios. Es concedida por el Espíritu Santo. (...) la comunidad de creyentes es un **don** de Dios, por medio del cual Dios atrae a la humanidad al reino de su amor misericordioso y abnegado’ (LR 5.2)

Thomas Yoder Neufeld titula su artículo sobre el tema: “Koinonía – El **don** que tenemos juntos”. El escribe que la *Koinonía* es un **don** de Dios que nos otorga identidad, transforma nuestras vidas, forja nuestro compromiso y nos impulsa a la acción. Lo recibimos con Cristo en medio de nosotros, y su Espíritu nos permite tanto recibir como ejercer dicho **don**” Podríamos pensar que la *koinonía* disminuye las “diferencias que pueden traer conflicto”. Todo lo contrario, expresa Tom, ella “abre aún más espacio para las diferencias. De hecho, está impulsada por un “deseo de la diferencia” como un **don** que Dios le concede a la comunidad de fe. Y Tom continúa: “La *koinonía* como palabra, concepto y experiencia es una perla de gran valor” (LR 3.3)

En Juan 17, leemos de la oración de Jesús por sus discípulos en la última cena: no ruego solamente por estos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno. (...) que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado’ (Juan 17,20)

El don de la comunidad de Dios para nosotros, esa perla de gran valor, ¿no es acaso la respuesta de Dios a la oración de Jesús por nosotros?

¿Cómo se hace práctico el don de la comunidad? Se vuelve práctico en el compartir de los dones. El compartir global de los dones como quizás la expresión más concreta del don de comunidad recibido de Dios ha estado explícitamente en el corazón del CMM durante al menos 25 años: con la creación del Fondo de Ayuda de la Iglesia Mundial, el inicio del programa Global de compartir los dones en los años siguientes, la aprobación de la Constitución vigente, según la cual todos los miembros del CMM y los miembros asociados se comprometen a

“compartir dones dentro de la comunidad del CMM y del cuerpo más amplio de Cristo”, y también el desarrollo de comisiones y redes desde ese entonces.

Pero, de hecho, el compartir de los dones ha estado en el corazón del CMM desde el principio. Una declaración menonita ruso-ucraniana a los participantes de la primera reunión del CMM se refirió agradecida a la ayuda – los dones – que los menonitas ruso-ucranianos habían recibido de otros menonitas después de los difíciles años de la revolución rusa y la primera guerra mundial, y luego preguntaron cómo podían hacer algo a cambio. Los menonitas en Rusia, decía el comunicado, no tenían plata ni oro. “Solíamos tener ambos. Ahora somos pobres. Y sin embargo tenemos algo para dar. Podemos **dar** testimonio de que la vida cristiana no es ilusión”. (Alfred Neufeld, *Becoming a Global Communion*, 26).

Así que, Alfred tenía razón con el título de su libro. A través de los nueve “congresos” mundiales celebrados durante los primeros 50 años del CMM, la familia mundial anabautista-menonita estaba recibiendo el don de la “comunidad” global. El “congreso mundial”, la “asamblea mundial” fue y sigue siendo un instrumento principal para recibir el don de la “comunidad” en el cuerpo de Cristo, que es la respuesta de Dios a la oración de Jesús, que es el don que tenemos juntos.

¿El final de la comunión?

Hasta ahora hemos estado pensando en la comunión como un don que Dios da a la iglesia. De acuerdo con la teología del CMM tal como aparece en el *Libro de Referencia*, la comunión comienza cuando Dios la da como un regalo para que nos mantengamos unidos. Pero, ¿cuándo termina la comunión? ¿Puede terminar? O más concretamente, ¿debería un discípulo de Jesucristo tomar alguna vez la iniciativa de poner fin a la comunión? ¿Debería una iglesia tomar la iniciativa de poner fin a la comunión con otra iglesia?

No hay casi nada sobre esto en el *Libro de referencia*. Nos dice cuándo comienza la comunión, pero, por lo que pude ver, no dice cuándo termina, cómo termina o incluso si puede llegar a terminar. La constitución no otorga al CMM el poder de excomulgar a ninguno de sus miembros, ni siquiera indica cómo los miembros pueden abandonar la comunión. Nos/les hace el llamado a que asumamos compromisos, compromisos de:

- Ratificar la Visión, Misión, y las Convicciones Compartidas del CMM;
- Participar en toda la vida y la obra del CMM;
- Hacer Aportes Proporcionales Justos;
- Compartir dones en la comunidad del CMM y la iglesia más amplia.

¡Pero no menciona qué hará el CMM si los miembros no cumplen con estos compromisos! Hay documentos y partes de documentos en el *LR* sobre la reconciliación durante o después del desacuerdo y el conflicto. Pero no dice que el CMM tomará la iniciativa de terminar la relación si persisten los desacuerdos y los conflictos.

¿Quién puede tomar la iniciativa para poner fin a la comunión y bajo qué circunstancias? Sabemos que la historia anabautista-menonita hasta el presente está llena de relaciones fracturadas, de división, y de comunión rota. Creemos que los matrimonios deben durar “hasta que la muerte nos separe”. Pero no parece que creamos tan firmemente que la comunión debe durar “hasta que la muerte nos separe”, Incluso ¡aunque lo que está en juego no es sólo un par de cuerpos humanos, sino el cuerpo de Cristo! A veces incluso parece que sentimos que la división es uno de nuestros “dones” especiales, ¡pensando que lo hacemos más a menudo que nadie! Pero tengan la seguridad de que mis experiencias con otras Comuniones Cristianas Mundiales durante varias décadas me llevan a pensar que ¡puede que no seamos tan especiales de esta manera como tememos! Aun así, tenemos una calificación muy alta en la

lista de aquellos que “infligen heridas al cuerpo de Cristo”. E incluso hemos desarrollado una justificación espiritual para esta práctica.

Sabemos por Juan 17 y otros pasajes del Nuevo Testamento que el discipulado fiel incluye la unidad de los discípulos. ¡Incluso sabemos por el pasaje de Juan que Jesús creía que la unidad es la parte misma del discipulado que llevará a que el mundo crea! Sin embargo, en nuestra tradición, ¿no separamos a menudo estas dos cosas – por un lado, está el discipulado, por otro lado, está la unidad – y luego procedemos a concluir que el discipulado es más importante que la unidad, que seguir a Jesús en el mundo es más importante que la unidad en el cuerpo de Cristo?

Hace poco le pregunté a un sociólogo menonita, que ha entrevistado a muchos líderes anabautistas-menonitas en la región donde vive, qué cree que significa “unidad” para ellos. Para la mayoría, respondió, creo que significa “compromiso”, buscar la unidad en Cristo conduce a comprometernos con la obediencia a Jesús.

Uno de mis momentos más memorables en diálogos del CMM con otras comuniones cristianas mundiales fue cuando un líder de la delegación de la iglesia Católica comentó en voz baja: Cuando rompemos la comunión en el cuerpo de Cristo, herimos al propio Jesucristo. Lo herimos una y otra vez. Antes de ese momento y aún más desde entonces, no he podido contestar afirmativamente a las siguientes preguntas: Si estoy siguiendo plenamente a Jesús en la vida, ¿puedo alguna vez tomar la iniciativa de romper la comunión en el Cuerpo de Cristo? ¿El discipulado radical *requiere alguna vez* que tome la iniciativa de romper la comunión? ¿Puedo renunciar voluntariamente al **don** que Dios nos ha dado para mantenernos unidos?

Hay un lugar en el *Libro de referencia* que parece apuntar en esa dirección. En su reflexión “Comunión y diversidad: ‘Una comunidad de iglesias afines al anabautismo’” (5.5), Fernando Enns, distingue entre las diferencias que permiten la división dentro de la comunión y las que no deben ser toleradas. Él escribe:

‘Para los profetas del Antiguo Testamento, el límite de la diversidad se establecía cuando una convicción o conducta resultara en una blasfemia. (...) se exigía una clara e inequívoca confesión, aun en contra de los miembros de su propio pueblo, dentro de esa comunión de fe.’

En el Nuevo Testamento, ‘siempre que se cuestionara el Señorío de Cristo, de palabra o acción, la tolerancia ya no parecía una opción. En la historia de la teología esto se conoce como *estado de confesión (status confessionis)*, una situación en que confesar a Dios revelado en Cristo mismo está en peligro’.

La pregunta básica para mí en los ejemplos de Fernando es esta: ¿quién rompió la comunión con Dios y dentro del pueblo de Dios? ¿Los profetas o aquellos a quienes ellos estaban llamando a rendir cuentas? No creo que hayan sido los profetas. Por supuesto, ellos no evitaban temas controvertidos y divisivos. Es cierto que dijeron e hicieron cosas provocativas. Pero al hacerlo, permanecieron dentro de la comunidad y fue *dentro* de la comunidad que se manifestaron. Se quedaron allí, hablaron allí, a pesar de que fue precisamente esa postura, denunciar mientras permanecían dentro, lo que llevó a su propio dolor, sufrimiento y, a veces, a la exclusión de la comunidad.

¿No fue acaso lo mismo con Jesús? ¿Alguna vez tomó Jesús la iniciativa de romper la comunión? Es cierto que ciertamente no evitó los temas controvertidos y divisivos. Y, sí, ciertamente hizo y dijo cosas provocativas. Pero, ¿no lo hizo siempre desde dentro de la comunidad, manifestándose mientras trataba de permanecer dentro de la comunión,

permaneciendo dentro de ella hasta el final? ¿No fue precisamente esta postura la que condujo a la cruz y permitió la resurrección?

Tendríamos que echar un vistazo más de cerca a los Evangelios para poner a prueba esta lectura. Pero la interacción en la Última Cena, el momento supremo de la comunión, puede ser reveladora, especialmente la interacción entre Jesús y Judas, entre Jesús y Pedro.

Judas ya había hecho un plan para traicionar a Jesús, para entregarlo para ser asesinado. Esta es una decisión de *estado de confesión* en la vida de Judas, una decisión sobre el señorío de Jesucristo, una decisión en la que Judas falló. Jesús parece estar al tanto del plan de Judas y le advirtió a Judas de las consecuencias de seguir adelante con él. Sin embargo, a pesar de que “Satanás había entrado en Judas”, como lo expresa Lucas, Jesús no se negó a lavar los pies de Judas ni excluyó a Judas de la participación en la Mesa del Señor. Y cuando Judas entró en el Jardín de Getsemaní para implementar su plan con un beso, Jesús le dijo solamente: “Amigo, haz lo que has venido a hacer” (Mateo 26,50).

Del mismo modo con Pedro. Jesús previó la negación de Pedro de conocerlo, de estar en comunión con él. Tres veces esa noche, Pedro se enfrentó a decisiones de *estado de confesión* y falló cada vez. Sin embargo, aunque Jesús aparentemente sabía que esto estaba a punto de suceder, no se negó a lavar los pies de Pedro. No rechazó la comunión de Pedro en la última cena.

En otras palabras, poco después de que Jesús ora para que sus discípulos lleguen a ser completamente uno para que el mundo pueda creer, Judas lo traiciona y Pedro lo niega. Jesús ve lo que viene, pero les lava los pies y no rompe la comunión con ellos.

En la declaración *de convicciones compartidas* del CMM (#2), decimos que “Por medio de su vida y enseñanzas, su cruz y su resurrección, Jesús nos mostró como ser discípulos fieles, (...)” ¿Alguna vez vemos a Jesús tomar la iniciativa de romper la comunión? Si no, ¿seguir a Jesús puede llevarnos *alguna vez* a tomar la iniciativa de romper la comunión? Y si la comunión ha sido rota por otra persona, ¿no nos llama el “discipulado radical” a tomar la iniciativa de revivirla, incluso si eso solo se puede hacer en un futuro desconocido y de alguna manera aún por determinar?

¿No es así como Jesús aconsejó tratar con la comunión cuando otros la terminan?

Restauración de la comunión

Los anabautistas se refirieron a una importante enseñanza de Jesús como la “Regla de Cristo”. Encontramos esta práctica descrita en Mateo 18, uno de los dos únicos lugares en el Nuevo Testamento donde Jesús usa la palabra *ecclesia* – ‘iglesia’. En este caso, Jesús está esbozando un proceso cuyo objetivo es restaurar la comunión en la iglesia si alguna vez ha sido rota por otra persona.

Desde que me enseñaron acerca de esta convicción anabautista, he pensado en los versículos 15-20 – los versículos acerca de disciplinar a un miembro de la iglesia que peca – como la “Regla de Cristo”: —‘Si tu hermano peca contra ti, ve y repréndelo, (...); y si no (te oye a ti ni) oye a la iglesia, tenlo por gentil y publicano.

Pero la enseñanza de Jesús en esta “sesión de recursos” con sus discípulos no comenzó ni terminó con los versículos 15 al 20. La “Regla” que Jesús enseñó comenzó antes de los versículos 15-20 con un llamado al autoexamen por parte de cada discípulo: “A cualquiera que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgara al cuello una piedra de molino y que se le hundiera en lo profundo del mar. (...) ay de aquel hombre por quien viene el tropiezo (...). (Mateo 18,6-8)

Y después de los versículos 15-20, la enseñanza de Jesús continúa con un llamado a buscar incesantemente la restauración de la comunión donde ha sido rota por otra persona: “Entonces se le acercó Pedro y le dijo: “Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete?” Jesús le dijo: “No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete.” (Mateo 18,21-22)

La iglesia Menonita local donde vivo ahora incluye un proceso de resolución de conflictos en su constitución. Si un conflicto en la iglesia no puede resolverse, el último paso en el proceso es que la congregación declare el asunto “irresoluble” y considere retirar la membresía del miembro infractor. Como mencioné anteriormente, ¡la constitución del CMM no contiene tal cláusula de “excomulgación”! ¡Creo que eso es algo bueno! Pero me pregunto si en algún futuro texto autorizado el CMM podría comprometerse explícitamente a buscar repetidamente una conversación renovada y restaurar la comunión con cualquier miembro que haya decidido irse, que haya tomado la iniciativa de poner fin a la comunión. Después de todo, según Jesús, la oferta de comunión nunca debería ser retirada. ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? Preguntó Pedro ¿Hasta siete?” Jesús le contesta: “No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete.” (Mateo 18,21-22)

Conclusión

La sabiduría, perspectiva y plan de Dios, que, según Pablo, fue durante tanto tiempo un “misterio”, es que todas *las* cosas en la tierra y *todas* las cosas en el cielo, serán reunidas en Cristo. Ojalá en el CMM podamos ser instrumentos que contribuyan al desarrollo de este plan divino en lugar de ser obstáculos que impidan su cumplimiento.

Larry Miller
Presentado al Concilio General del CMM
Indonesia 2022 – Julio 2022
Zoom – Diciembre 2022